

Abordaje de la diversidad y las masculinidades en la institución universitaria

Néstor Artiñano

Introducción

La institución universitaria es un lugar más, donde se puede pensar las diversidades y las masculinidades, siendo un espacio de múltiples estrategias de reflexión, indagación, investigación, extensión, docencia. Su trayectoria no difiere de otras instituciones tradicionales donde el patriarcado se anida en ella y donde se torna, a la vez, un espacio de tensiones, resistencias y formas creativas que permiten ir construyendo instituciones que alojen a toda persona que quiera habitar en ella.

Inicialmente, para hablar de masculinidades y diversidades, podemos comenzar por considerar al patriarcado como uno de los organizadores de nuestra sociedad. El patriarcado se sostiene en base a, al menos, dos columnas importantes: la jerarquía masculina y la heterosexualidad obligatoria. Para analizar ambos principios (Artiñano, 2012, p.30), nos podemos remitir a la tradición judeo cristiana, que en cierta forma los deja en claro, y a nuestro criterio, permanecen aún como los organizadores de la sociedad hasta el día de hoy. El lugar privilegiado de ser el interlocutor válido que se le da al hombre, en las sagradas escrituras, no sería de igual modo que a la mujer, a ella, es a quien se la considera en un segundo plano. Por otro lado, es clara la condena –la sangre se derramará sobre ellos– para aquellos hombres que decidiesen acostarse con otros hombre como se debiera hacer con una mujer. Vale la aclaración, no es una crítica a estos tex-

tos sagrados, que como tal merecen el absoluto de los respetos. Sino, en tanto mirada de las ciencias sociales, debemos poder analizar los efectos que esos textos producen en nuestras sociedades.

Otro de los momentos históricos a analizar podría ser la llegada de europeos a nuestro continente. La mirada religiosa, dicotómica en tanto podía ver sólo varones y mujeres, se choca con la realidad de lo que hoy conocemos como América. En muchas de nuestras sociedades, había personas con características tanto femeninas como masculinas, y lejos de ser consideradas menos valoradas por la sociedad, poseían ciertos privilegios, porque en algunos casos, por ejemplo, se entendía que eran elegidas de los dioses, dado que poseían características de la totalidad del ser humano, o sea, tanto mujer como varón. Esa realidad fue condenada por los conquistadores, donde, a través de las crónicas y grabados de la época, se puede recuperar el tratamiento dado: ser apedreados, aperlados y quemados por haber caído en el pecado. El problema de la dicotomía se puede extender a múltiples ámbitos. Ver la realidad en forma dicotómica conlleva no tener la posibilidad de visualizar a quienes habitan en ese medio, o sea, quedan invisibilizados, y podríamos decir que es lo que sucede aún hoy en día, por ejemplo con la población trans en nuestro país. No pueden acceder a condiciones de vida dignas en sus pueblos o lugares de origen, habiendo sido expulsadas de instituciones educativas y/o de sus propias familias, y llegan a las grandes ciudades, donde las esperan lugares de extrema vulnerabilidad como lo es, en muchas situaciones, el ejercicio de la prostitución. También es interesante de considerar aquí la tensión que muchas veces aparecen entre discursos biologicistas o religiosos, argumentando desde la bipolaridad hombre-mujer, cuando aún la propia naturaleza se demuestra diversa, dado el número de recién nacidos con órganos sexuales de características de ambos sexos. Y será la cultura, a través del dispositivo científico dicotómico, quien habrá de ubicar a ese recién nacido en una de las dos posibles opciones que se creen como únicas: varón-mujer o macho-hembra.

Un tercer momento, que nos parece indicado para la reflexión, es la Revolución Francesa, donde se consolidan modelos de gobierno que luego serán tenidos en cuenta en nuestros países. Aquí, se generó un clima de época que llevó a considerar la posibilidad de igualdad entre hombres y mujeres. Fue Olympe de Gouges, quien como respuesta a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, publicó la Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana. Olympe terminó guillotizada. Y con ese acto, terminó también la ilusión de conquistar una igualdad entre mujeres y varones.

Por último, nos pareció también relevante poder reflexionar sobre el impacto de la Revolución Cubana en América Latina, en el año 1959. Y los distintos procesos revolucionarios que emergieron en los diferentes países de la región. En el caso de la Argentina, pudo notarse cómo las intenciones revolucionarias de las dos organizaciones guerrilleras mayoritarias, Montoneros y ERP, no incluían este tema, sino, por el contrario, se tornaban reproductores de aquellos mandatos bíblicos. Aquí hacemos referencia, por ejemplo, al momento en el que el Frente de Liberación Homosexual se hace visible, en tanto grupo con una organización interna similar a las demás organizaciones revolucionarias, y es interpelado públicamente por el Jefe de la Policía Federal en los inicios de los años setenta, asociándolos a Montoneros. Esta organización no tardará en diferenciarse, dejando en claro que la heterosexualidad era un valor en sí mismo, y por ende estaban dispuestos a no cuestionarla, no aceptando otras posibilidades. En tanto, a partir de una entrevista con una ex coordinadora de célula del ERP, su planteo fue que ese era el lugar de mayor jerarquía al que podía llegar una mujer, y que en tanto mujeres cuestionaban a sus compañeros, por ser sólo ellos quienes ocupaban los lugares de jerarquía en la organización. Dos postales que dan cuenta de que aquellos mandatos bíblicos, aún en prácticas y momentos históricos revolucionarios, seguían vigentes.

A partir de esos cuatro hitos, podemos encontrar cómo se fue expresando, consolidando y también cuestionando un modelo de géne-

ro imperante, que se imponía o lograba mantenerse vigente según el paso de los años. En ese marco emergió la categoría de género, con la potencia de cuestionar ese modelo y denunciar que la organización social otorgaba privilegios diferenciados según se era varón o mujer – nótese que apelamos a la dicotomía antes criticada-. Esa desigualdad que le otorgaba a la mujer un segundo plano o actividades de menor prestigio en la sociedad escondía en sí una lógica de violencia. Dividir una sociedad entre privilegiados varones y pretendidas mujeres que estén bajo su mando, no es lo mismo que considerar a la otra persona en tanto persona, digna de todo respeto y dejando de lado si es varón o mujer. Esos cuestionamientos emergieron y se consolidaron en tanto fuerza de reclamo, de militancia y de producción de conocimiento. El feminismo se realza así, como una estrategia para cuestionar el patriarcado vigente.

Por otro lado, un suceso que también interpela al patriarcado, en este caso desde las diversidades sexuales, fue lo que se conoce como la Revuelta de Stonewall, el 28 de junio de 1969 en Nueva York, donde la policía, en sus razias habituales a un bar, lugar que era poblado por gays, lesbianas y travestis, se encuentra ese día con fuertes resistencias, generando barricadas y resistencias, que duraron varios días. En 1970, al cumplirse un año de esos acontecimientos, se organiza lo que fue la primera marcha, luego conocidas en el mundo como marchas del orgullo. Estos dos acontecimientos, mujeres organizadas y homosexuales, lesbianas y travestis orgullosos de su condición, dejan al mundo masculino y a la sociedad patriarcal toda en un lugar de fuerte interpelación. El mundo de los hombres, caracterizado inicialmente por el feminismo en forma homogénea, verá la necesidad de ser analizado e indagado en sus propias realidades. Con estos dos antecedentes podemos decir que emergen los estudios de las masculinidades. Y aquella masculinidad imperante, hegemónica, tradicional, dominante, homogénea, donde más allá de las variaciones que podemos encontrar en estas conceptualizaciones según diversos autores, tienen en común aquellos elementos bíblicos: jerarquía masculina y

heterosexualidad obligatoria. Estos mandatos son puestos en cuestión. Los estudios de masculinidades ingresan entonces en la línea del feminismo y de las diversidades, con el potencial de analizar y cuestionar ese mundo masculino, y de encontrar salidas y estrategias desarticuladoras del patriarcado. La masculinidad tal como era conocida, tenderá a pluralizarse, y podremos comprender entonces que hablamos de masculinidades y no de masculinidad. Respecto a este tema, Ramírez Rodríguez (2006) considera distintas formas de comprender la masculinidad. Por un lado, ligada a lo biológico o natural, donde la masculinidad será la expresión social de aquellas personas que son varones; por otro lado, puede considerarse la masculinidad desde un carácter descriptivo: aquello que los hombres hacen en una sociedad, lo que es; en tercer lugar puede considerarse desde un lugar normativo: aquello que las normas, tradiciones, religiones, costumbres establecen, lo que se debe ser; y por último, y más cercano y cómodo para las ciencias sociales, ya apelando a un carácter simbólico, aquello que las personas sienten y viven como tal, y por ende, el carácter plural, ahora sí con más sentido, de poder hablar de masculinidades.

Por otro lado, también es interesante pensar en qué medida se articula patriarcado y capitalismo. Sabemos que una de las principales columnas que sostienen el capitalismo es la propiedad privada. Y es llamativo que los títulos de propiedad privada, se estima que en más de un 95%, están en manos de los hombres. El capitalismo ha tenido el poder de “naturalizarse” en tanto sistema que organiza la sociedad y podemos decir que, en su conjugación con el patriarcado, articulan la potencia y el poderío de ambos.

Por estos tiempos, hemos escuchado mucho sobre la necesidad de deconstrucción, quizá pueda interpretarse como un fenómeno nuevo. Pero entendemos que no lo es, que, a lo largo de la historia, han existido siempre tensiones entre quienes defienden y quienes cuestionan un sistema. Quizá lo nuevo sea que se ha tornado más masivo el reclamo o la necesidad de revisarnos, deconstruirnos y volvernos

a construir, no sólo como sociedad sino, también y por ende, como sujetos. Una pieza que sirve a modo de ejemplo es el cuento “El marica” de Abelardo Castillo, publicado en octubre de 1959. Si uno lee ese cuento, *a priori* no consideraría que era de aquella época, sino por el contrario, pensaría que es un cuento escrito después del 3 de junio de 2015, por considerar alguna fecha relevante de nuestro pasado reciente en materia de género.

La necesidad de deconstruirse es algo que aparece, mayoritariamente en los varones, por estos tiempos. Es un tema que muchas veces se plantea cargado de angustias o incertidumbres, ante un “no saber qué hacer”, “cómo moverse”, “cómo relacionarse”. Lógicamente todos espacios pueden ser de debates sobre estos temas, el aula es uno de ellos, pero a la vez, entendemos que se debe tener el cuidado de no generar procesos que se abren y que luego, de cierto modo, no puedan continuarse.

La masculinidad a lo largo de la historia se fue consolidando con atributos tales como omnipotencia, orgullo, alarde, superioridad, capacidad de mando y de dominio, heterosexualidad, homofobia, misoginia, proveer, no cuidar, no cuidarse, agresión, violencia, entre otros. La concepción que para ser reconocido socialmente como varón se deben cumplir con estos mandatos lleva a un sobre esfuerzo de los propios varones, por un lado, a la vez que una exposición al riesgo no sólo por mujeres, homosexuales, lesbianas y trans, sino también por otros varones. La masculinidad entendida de este modo es un riesgo para toda la sociedad, por ser un dispositivo que no se centra en el reconocimiento del otro, otra u otre, en tanto persona, sino que se centra en sí mismo, buscando la mirada de aprobación y respeto de sus otros pares, varones, integrantes de su grupo de pertenencia, ante quienes se rinde cuenta de lo masculino, lo hombre, lo varón, lo macho que se es, a partir de los logros alcanzados.

Los mandatos de masculinidad no son generados y esperados sólo por los varones, dado que, de ser así, caeríamos en una mirada esencialista. La sociedad en general es la que genera y espera de cada

uno de sus habitantes que actúe de tal o cual forma. Es entonces, que tiene sentido que todas las acciones que puedan pensarse deben ser en todos los ámbitos, ya sea desde lo macro, desde las instituciones a nivel medio o desde las relaciones más cercanas. Poder comprendernos en tanto sujetos dentro de un proceso social que nos genera y deposita expectativas en nosotros será quizá el primer acto deconstructivo que, en el marco de nuestras responsabilidades sociales, podamos llevar adelante.

En tanto varones, debemos cuestionarnos nuestros privilegios y nuestras derrotas. Privilegios que nos otorga la sociedad, donde siendo varón, heterosexual, blanco, de clase media o alta, será mucho más sencillo alcanzar lo deseado, a que si no se poseen esas características. Derrotas dadas por el hecho de pretender ser lo esperado por los demás, esas características de lo masculino mencionadas líneas atrás, se toman como mandato y se las reproduce, son aprehendidas por necesidad de otros que se tornan necesidades propias. La omnipotencia, por ejemplo, se podrá expresar en ocultar la posibilidad de demostrar sentimientos, no acudir al médico, no afrontar salidas o hacer consultas ante situaciones o indicios de malestares psíquicos o físicos, entre otros. Derrotas que se pueden expresar en las estadísticas vitales, donde los varones viven varios años menos que las mujeres, donde se suicidan cinco veces más que las mujeres, o donde matan, roban o agreden ampliamente más que las mujeres, expresándose esto último, por ejemplo, a la hora de ver quiénes pueblan las cárceles de nuestro país.

Los estudios sobre masculinidades son recurrentes al sostener que la masculinidad es una credencial que los varones validan con sus pares varones. El alarde es una muestra de ello, y la búsqueda de reconocimiento y respeto se tramita en esos términos. Toda estrategia de deconstrucción debe ser pensada en términos de revisar cómo se llega a dónde se ha llegado, para después poder pensarse qué es lo que se pretende cambiar y cómo se acordarán estrategias para implementar esos cambios.

Quizá una forma en que los varones de nuestra sociedad puedan empezar a cuestionarse sobre su masculinidad tenga que ver con la forma en que viven el acto de proveer como mandamiento en tanto varón (y no el de cuidar, por ejemplo), el acto de alardear ante otros sobre sus logros (demostrando superioridad ante quienes no le solicitan que así lo hagan) o ejercer el dominio (como acto de demostración de jerarquía en sí mismo).

Quizá sea un aprendizaje a tener en cuenta, que el mundo masculino pueda transformarse en un colectivo masculino, que logre cuestionar su lugar histórico en nuestra sociedad, su presente y también delinear un futuro sin necesidad de pelear por lugares de jerarquías de género, sino por el contrario, habiendo construido relaciones de respeto y donde el género no sea una marca de diferencia. Las mujeres llevan más de treinta años reuniéndose anualmente para discutir sobre sus propias agendas. Los grupos de la diversidad sexual y de género han hecho lo propio, a través de marchas, militancia, actividades, producción de conocimiento que les ha permitido generar un espacio de reconocimiento impensado tiempo atrás. Los varones pareciera que viven alienados en sus privilegios, mientras no pueden reconocer que esa alienación quita años de vida, quita posibilidad de sentir y acercarse a los demás, haciendo de la vida un mejor vivir o un buen vivir, despojados de cargas o estructuras heredadas de siglos atrás. El “darse cuenta” nos debe llegar a cada integrante de esta sociedad, para comprender qué grado de corresponsabilidad tenemos en lo cotidiano, para que sigamos reproduciendo relaciones sociales que producen violencias, otorgándole menos de 40 años de promedio de vida a las personas trans, feminicidios, discriminaciones, segregaciones, etc. Nuestra sociedad está en movimiento para abordar y superar estos temas. Se han colectivizado mujeres y sectores de la diversidad, falta aún, que los varones hagan también su propio camino y puedan hacer realidad aquello que nos decía Inda (1996), “sin coraza se está más expuesto, pero se camina más liviano” (p.231).

Referencias bibliográficas

- Artiñano, N. (2012). Masculinidades incómodas: jóvenes, género y pobreza en el inicio del siglo XXI. Tesis de Maestría en Trabajo Social, FTS – UNLP. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Inda, N. (1996). “Género masculino, número singular”, en: Burin, M., Dio Bleichmar, E. (comp.). *Género, psicoanálisis, subjetividad*. Bs. As., Paidós.
- Ramírez Rodríguez, J.C. (2006). “¿Y eso de la masculinidad?: apuntes para una discusión”. En: Careaga, G. y Cruz Sierra, S. (coord.). *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. México: UNAM.

Soporte audiovisual

- Seminario de Género e Ingreso Universitario (2020, diciembre 10). Clase 5. Dr. Néstor Artiñano. YouTube. <https://youtu.be/rPZ-gRfg8H1g>